

En una estación roja, a la deriva

Aliette de Bodard

Una novela corta sobre guerras espaciales y conflictos familiares

Linh llegó a la Estación Prosper empujada por los vientos de guerra, en una nave donde se apiñaban los refugiados, que hablaban con lágrimas en los ojos de los ejércitos invasores: la guerra entre los señores rebeldes y el Imperio se había intensificado, y sus cometas de guerra habían asolado planetas enteros.

Linh mantuvo las distancias, pues no quería llamar la atención durante el trayecto, pero en cuanto desembarcaron de la nave mental y se puso a la cola de inmigrantes, acabó detrás de una anciana con chal que miraba temerosa a su alrededor, como si esperase que los soldados fuesen a salir de entre las sombras en cualquier momento. Encorvada y con la cabeza gacha, a Linh le recordó tanto a su madre, ya difunta, que instintivamente intentó trabar conversación con ella.

—No se preocupe, señora —le dijo.

La mujer la miró sin verla, como suele hacer la gente mayor que ya no tiene la cabeza en su sitio.

—Vendrán hasta aquí —susurró, traspasándola con unos ojos tan brillantes y febriles que resultaba incómodo mirarlos—. No tenemos escapatoria.

—Estamos a salvo —contestó Linh.

La mujer la miró con escepticismo. Linh se irguió cuan alta era sirviéndose de la dignidad y el aplomo de los que había hecho gala al dirigir las sesiones de su tribunal.

—Somos hijos del Emperador, él nos protegerá.

La anciana se quedó mirándola durante unos segundos, como si acabase de verla por primera vez.

—Si tú lo dices, hija.

—Sé que es cierto —dijo Linh.

Pronunció aquellas palabras tan trilladas sin esfuerzo alguno, como si se las creyese de verdad. Al fin y al cabo, era una buena erudita y una buena magistrada, capaz de participar en cualquier discusión, por trivial o absurda que fuese. Por supuesto que sabía que el Emperador no deseaba en modo alguno enfrentarse a los señores rebeldes, que era joven y estaba mal aconsejado y prefería batirse en retirada. Conocía las palabras de sobra. Al fin y al cabo, su denuncia de aquella política era lo que la había deshonrado con la tinta roja de los criminales y la había obligado a huir hasta aquel lugar, dejado de la mano de los espíritus, donde solo podía contar con su ingenio.

La anciana le había dado la espalda. Ya estaban casi al principio de la cola, y Linh vio tres hombres de librea comprobando documentos e indicándoles a los refugiados el camino de entrada a la estación. Respiró hondo y se armó de valor. Su intuición, en todas sus vertientes, le aconsejaba que intentase pasar inadvertida, como los demás refugiados. En todas sus vertientes menos una. Sintió, a través de los memoimplantes, la presencia de la primera antepasada Thanh Thuy; la anciana, tan fuerte y quejumbrosa como siempre, le recordó que los lazos de sangre sostenían el cielo y la tierra y que, aunque Linh no conocía la Estación Prosper ni a la familia, seguían siendo parientes y aquello le daba derecho a mucho más que las cortesías de rigor. Como siempre, la primera antepasada tenía razón.

Linh meneó la cabeza para sacudirse la ligera disociación que le producían siempre los memoimplantes. Cada vez le resultaba más difícil distinguir los implantes de su propio cerebro, un efecto secundario de la destreza con la que los manejaba. Esperó hasta que comprobaron sus documentos y le dieron los permisos necesarios para acceder al trance, la red interna de Prosper. Luego, cuando los refugiados de la cola se alejaron en busca de fortuna, localizó al responsable, que resultó ser un joven de voz temblorosa, apenas lo bastante mayor para haber aprobado los exámenes.

—Me llamo Lê Thi Linh —dijo. Lê, al igual que todos los apellidos daiviets, era bastante común, pero la manera de decirlo y su seguridad en sí misma bastaron para impresionar al joven.

Se quedó callada e inmóvil mientras él la hacía entrar en el trance: alcanzó a ver sus credenciales de guardián de la puerta exterior de la Estación Prosper y, aún más fugazmente, vio su árbol genealógico, con la rama de sus antepasados iluminada en rojo, en tonos cálidos, ascendiendo hasta cruzarse con la rama de Linh. Era un primo lejano. No le sorprendió, ya que en la Estación Prosper casi todos descendían del mismo tronco común: Lê Thi Phuoc, que había llevado en su vientre a la honorable antepasada y a sus cuatro hermanos humanos.

—Entiendo —dijo él. Linh lo vio tragar saliva convulsivamente y reparó en el sudor que perlaba su piel pálida, todo con una claridad inmisericorde, como si se tratase de un testigo ante su tribunal—. Bienvenida, tía Linh. Te acompañaré a las dependencias interiores.

Linh echó a andar tras él, pero no por el pasillo reservado a los refugiados, sino por otro, más pequeño, y luego por otro más. Le pareció que estaban recorriendo un laberinto y, al igual que un laberinto, la Estación Prosper le fue desvelando sus maravillas. En más de un sentido, la estación hacía honor a su nombre. Los pasillos eran amplios y cálidos, y estaban decorados con hologramas que eran auténticas obras de arte, desde imágenes de cascadas en el Quinto Planeta hasta una casa solitaria aferrada a una montaña y envuelta en la neblina de la mañana. Aquí y allá había

cuartetos que hablaban de lo maravilloso que era volver a casa, de lo triste que era despedirse y de la caída del Antiguo Imperio... Ahora bien, Linh había estado en una ocasión en la capital y había podido comprobar que era el culmen del refinamiento: los paneles de mármol con incrustaciones, llevados desde la Antigua Tierra, la exquisita caligrafía que respiraba y parecía moverse con vida propia, como un dragón enroscado escondido en el interior del texto...

A pesar de toda su riqueza, Prosper seguía siendo una estación pequeña y aislada en mitad de ninguna parte, a las afueras del Imperio de Dai Viet. Los poemas eran citas sacadas de libros antiguos y no las palabras vibrantes y agudas que se intercambiaban en los clubes literarios del Primer Planeta; las pinturas también eran antiguas y parecía que no las hubiesen actualizado en mucho tiempo; y la arquitectura de los pasillos era demasiado voluminosa, demasiado torpe, y carecía de la elegancia y fluidez naturales de otros hábitats más centrales. Se oía una música de cítara de fondo, apenas perceptible, que se iba haciendo más fuerte a medida que cruzaban una sala tras otra, y flotaba en el aire un olor muy suave que recordaba al que sigue a la lluvia. Las paredes se encendieron y de pronto se encontraron recorriendo unos jardines muy cuidados donde el ambiente olía a bambú y a hierba phuong, un lujo que debía de haberles costado una fortuna en aire, agua y calefacción.

Linh notó un tenue hilo mental: el quinto antepasado Hoang estaba intentando presionarla para que leyese los poemas que daban nombre a cada zona, para que admirase la cultura de los diseñadores y sus ingeniosas alusiones a los poetas del pasado. El quinto antepasado, tan poeta como siempre, tan amante de la historia como siempre. Linh lo relegó a un segundo plano con delicadeza y desoyó la sugerencia. No era momento para el ingenio ni la belleza, aunque el quinto antepasado le susurró mentalmente que siempre era un buen momento para la belleza, que no detenerse a admirarla equivalía a estar profundamente dormido.

Al final llegaron a una sala casi escondida entre la vegetación. El joven tocó la puerta con los dedos y esta se abrió deslizándose hacia un lado; acto seguido, el muchacho se apartó para dejar entrar a Linh. Una vez en el interior, le pareció que la sala estaba casi vacía hasta que reparó en que lo que brillaba en las paredes rojas era texto. Las palabras se desplazaban de arriba abajo, casi demasiado rápido para leerlas. Linh alcanzó a leer fragmentos sobre la luz de la luna, el jade y las manadas salvajes de trau cho soi que recorrían las llanuras. Verso tras verso, fueron pasando más alusiones ingeniosas de las que podía retener mentalmente, ni siquiera con los memoimplantes. Qué hermoso.

Allí la estaba esperando una mujer, congelada en un territorio incierto entre la juventud y la edad madura, demasiado mayor para tratarla con condescendencia y demasiado joven para respetarla. Tras ella había una chica más joven que esperaba con la cabeza gacha, aunque todo en ella traslucía un deseo de huir de allí.

—Bienvenida, prima.

En un breve arranque de trance Linh pudo seguir las ramas de los árboles genealógicos. Sí, ciertamente eran primas, a través de su abuela materna y del matrimonio de aquella mujer con Lê Nhu Anh y...

El mundo tembló y se arrugó, como si se tratase de una hoja de papel que los espíritus hubiesen atravesado de un puñetazo. Sintió una presencia en la sala; el texto resplandeció, las letras se distorsionaron sutilmente, el color rojo de las paredes adoptó un lustre aceitoso, como el de la salsa de pescado mezclada con grasa, y sopló un viento demasiado frío para tratarse de una corriente. Linh hizo todo lo posible para no caer de rodillas mientras su cerebro intentaba a duras penas dar abasto...

No era algo inesperado, claro. Había leído todo lo que había caído en sus manos sobre las estaciones, sobre las Mentes que las dirigían y las regulaban, sobre las estaciones como Prosper y su honorable antepasada y la familia que vivía en su núcleo. Pero la realidad de la presencia de una Mente hacía añicos las descripciones sencillas, los

símiles simplistas e ingeniosos escritos con la típica palabrería de los poemas inferiores: era algo incomparable, una presencia enorme y oscura que parecía ondular el aire a su alrededor y envolvía el aparato que había en el centro de la sala, que podría haber sido un trono o un árbol con demasiadas espinas; el metal se retorció y combaba como un pez varado en tierra y sus reflejos cambiantes le hacían daño en los ojos...

—Bienvenida a casa, hija —dijo una voz que le llenó los oídos por completo.

—Tatarabuela. —Se obligó a pronunciar las palabras mientras el trance, desenfrenado, buscaba una ruta de conexión a la Mente, con un antepasado tras otro superpuesto en los textos distorsionados—. Lamento molestarte.

Se oyó un sonido que podría haber sido una risa...

La historia sigue en *Una estación roja, a la deriva*
fatalibelli.com